

PINOCHO

AÑO VII
NUM. 327

25 cts

24. MAYO
1931



- ¿POR QUE SE HA PUESTO UNA ARAÑA EN LA CABEZA?
- ¡PORQUE VOY A DORMIRME Y ASI NO ME PICAN LAS MOSCAS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

negros semidesnudos corriendo como liebres, y junto a ellos algunos mestizos con amplios sombreros mejicanos.

—¡Indios bravos! ¡Indios!—gritaban a plena garganta los fugitivos, precipitándose por la empalizada que circundaba la plantación de maíz.

—¡Amigos! ¡Amigos!—gritaron a su vez los tres aventureros.

Inútilmente. Negros y mestizos continuaron su carrera, presa del pánico más terrible, sembrando la alarma por todo aquel terreno y poniendo en dispersión a las manadas de bueyes y de caballos que pastaban en los prados vecinos.

—Dejémosles gritar—había dicho John—. Así acudirá el intendente, que no tardará en reconocermé.

En un recodo del río apareció de pronto una hermosa casa rodeada de varias dependencias y defendida por una alta empalizada, que se apoyaba en las orillas de un profundo foso.

Era la hacienda de San Felipe.

Después de su afortunada guerra contra México, el Gobierno americano se encontró de pronto propietario de inmensos territorios habitados sólo por tribus indias, y para recompensar a las oficiales que más se habían distinguido en la campaña, tuvo la idea de regalarles enormísimas parcelas de aquellas tierras, con la sola condición de que las dedicaran al cultivo y la ganadería.

Muchos de aquellos oficiales, que habían acumulado riquezas durante la guerra, aceptaron

aquel obsequio, que había de ser origen de grandes fortunas, y dando un adiós a las ciudades del este fundaron las llamadas haciendas en los campos más fértiles, dedicándose especialmente al cultivo del algodón y a la cría de bueyes y caballos.

El coronel Devandel' había sido de los primeros en establecerse en las fronteras del Far-West, que conocía paso a paso, y donde fundó la vasta hacienda de San Felipe, no olvidándose de fortificarla ante la peligrosa vecindad de los *arapahoes*.

La factoría no había tardado en prosperar, y, como ya se sabe, fué fundada en la desembocadura del Weber.

El coronel, viudo ya de una riquísima señora mejicana, llevó con él a sus dos hijos Mary y Jorge, pero al poco tiempo fué llamado por el Gobierno americano para que se pusiera al frente de una de las columnas de voluntarios que se habían creado en 1863 para hacer frente a la declaración de guerra de los indios.

La hacienda consistía en una hermosa casa de dos pisos, construida toda de madera y defendida, como hemos dicho, por una empalizada y un foso bastante ancho para que no le saltaran los caballos de los *pieles rojas*.

Estaba, pues, en condiciones de oponer una larga resistencia y sostener un prolongado asedio, para lo cual disponía de inagotables provisiones de boca y de quince fusiles manejados por negros y mestizos.

John, que, como ya hemos dicho, había estado otras veces en la hacienda, no se preocupó de los gritos de los negros ni de los ladridos de los perros, y guió a sus dos compañeros y a Minnehaha hasta llegar a la casa, cuyo puente levadizo atravesó, sin cesar de gritar para que no le dispararan:

—¡Amigos! ¡Amigos!

Iba a entrar en el vestíbulo que se abría ante el cuerpo principal del edificio, cuando un mestizo con traje mejicano, al cual seguían una docena de negros, le cerró el paso, poniéndole dos pistolas al pecho.

—Morales, ¿no conoces ya a los amigos?—gritó John—. ¿Dónde están Jorge y Mary?

—¡Caramba, señor!—exclamó el mejicano, bajando las pistolas—. ¡El *indian-agent* del amo!

En seguida, y mientras los negros, bajando las armas, se quedaban con la boca abierta, se lanzó hacia dentro, gritando:

—¡Señor...! ¡Miss...! ¡Vengan, que hay amigos del coronel!

Un momento después aparecían en la puerta principal del edificio un hermoso joven de 15 años, moreno y con el pelo y los ojos negros, y una muchacha algo más joven, algo menos morena y esbelta como una palma joven.

Dos gritos lanzaron al unisono:

—¡Sí, señoritos, yo mismo!—dijo el *indian-agent*, quitándose el sombrero.

—¡Venid! ¡Venid!—dijo Jorge, el hijo del coronel, señalando a sus visitantes el interior de la casa.

—Antes, señor Devandel, haced levantar el puente levadizo y reunid aquí a todos vuestros servidores.

—¿Por qué?

—Porque van a llegar los indios de un momento a otro.

—¿Cuáles, los *arrapahoes*?

—Y los *sioux*, señor Devandel.

—¿Estáis seguro, John?

—Hemos escapado de ellos por un verdadero milagro.

El joven palideció ligeramente, mirando con ansiedad a su hermana.

Miss Mary no sólo había permanecido tranquila, sino que dijo de pronto:

—¡Pues sabremos defendernos! ¡Somos dignos hijos de nuestro padre!

—¡Pobre padre mío! ¿Dónde se encuentra ahora, John?—preguntó el joven.

—Como siempre, en el Laramie—contestó John, haciendo un supremo esfuerzo para aparecer tranquilo.

—¿Con sus valientes voluntarios?—exclamó Mary.

—Sí, miss.

—¿Y siempre peleando con fortuna contra los indios?—preguntó el joven.

—Ya les ha dado duras lecciones, señor Devandel.

—¡Ah! ¡Nuestro padre podría llamarse el león del Far-West!—dijo Mary—. Muchas veces me ha dicho que quería ostentar el casco con plumas de general.

John, como para cortar aquella conversación embarazosa, llamó al intendente, y le dió órdenes de cerrar todas las entradas de la finca y de reunir dentro de ella a la servidumbre.

Después, acompañado por los jóvenes, por los dos cazadores y por Minnehaha, entraron en un gabinete adornado con sobria elegancia, y en el cual se veían preciosos trofeos de caza.

—Me manda vuestro padre—dijo John—para advertiros que los *sioux* han jurado destruir la factoría y capturaros vivos.

—¿Y quién ha dicho a esos malditos que estamos aquí?

—No lo sé.

—De seguro, aquella india con quien mi padre se vió obligado a casarse hace muchos años.

—Puede ser. ¿De cuántos hombres disponéis?

—De veinte, entre negros y mestizos.

—¿Todos fieles?

—Lo creo—respondió el joven.

—¡Calla!—exclamó en aquel momento Mary, reparando en Minnehaha—. ¿Cómo se encuentra aquí esta india?

—Ha venido con nosotros, miss. No os cuidéis de ella; es una víbora, de la cual nos libramos apenas se presenten sus compatriotas.

Minnehaha, que hasta entonces había permanecido en la puerta, entró repentinamente en aquel instante, lanzando a John una mirada de odio profundo.

(Continuará en el próximo número).



DON KATITE





LOS PECES ROJOS

¿Sabéis cuál es en la actualidad uno de los principales alimentos de los habitantes de la isla de Madagascar? Los peces rojos.

En 1860 un embajador francés deseoso de presentarse a la reina Ranavalona con un regalo original adquirió a costa de muchas vicisitudes, porque lo que él buscaba andaba muy escaso, un centenar de peces rojos. Casi todos murieron y tan sólo siete llegaron vivos a manos de la reina.

El regalo causó gran asombro y admiración. Se colocó a los peces en un estanque del palacio real donde se les cuidaba con atención extraordinaria. Tanto se multiplicaron aquellos peces que la corte dispuso se echasen crías de ellos en las aguas de los lagos y los ríos, y hoy día encuéntrase en tal abundancia que no hay pescadería donde no se vendan. Su carne es excelente.

He aquí como un regalo hecho a los soberanos ha dotado al pueblo de uno de sus más corrientes alimentos.

LA LLUVIA QUE CAE

¿Sabéis dónde llueve con más abundancia? En la Guyana francesa donde todos los años se registra una media de 3.300 milímetros. Después viene Tolmezzo, en Italia, con 2.435 milímetros.

En el Cairo, por el contrario se enorgullece de ser el país menos lluvioso. En efecto, sólo registra al año 54 milímetros.

En Roma, 800; en Viena, 491; en Berlín, 597; en Londres, 542; en París, 510, etc.

UNA FORTUNA CAÍDA DEL CIELO

Y no es metafórico este título porque responde a una realidad. Una compañía de los Estados Unidos se ha propuesto recuperar los metales caídos del cielo.

En Arizona cayó hace muchísimos años un meteoro que se enterró a 500 metros de profundidad en el suelo terrestre. Se calcula que contiene más de un millón de toneladas de hierro. Hallado el gigantesco bólido se ha comprobado que contiene diamantes pequeños, pero de una limpieza maravillosa.

Además se cree que podrán extraerse de esta masa imponente más de 5.000 toneladas de platino.

¿Está justificado el título que encabeza estas líneas?

LA MUERTE DE SAM

¿Quién es Sam? El oso polar más viejo de los que viven en el jardín zoológico de Londres.

Está enfermo de una enfermedad inexorable: la vejez.

Durante veintidos años ha sido la alegría de los niños que lo trataban ya amigablemente por las excelentes condiciones de sociabilidad del oso.

Sam ha sido casado dos veces. Su primera esposa, Bárbara, tuvo dos hijos que murieron a poco de haber nacido. La madre, dando muestras de un gran amor maternal, los buscó vanamente y al no encontrarlos murió de pena unos días después.

Se le otorgó otra esposa, Bárbara II. Pero Sam rehusó la nueva compañera y vive solitario pero con una melancolía muy grande.

Sam está cada vez peor. Es ya viejo y va a morir pronto al lado de su baño en el cual no quiso nunca bañarse, porque sin duda le parecerá una parodia ridícula de los vastos mares polares en cuyas orillas vió la luz.

UNA BOA DESAHUCIADA

:: POR UN PROPIETARIO

En Viena se ha celebrado un juicio curiosísimo porque un propietario ha pretendido expulsar a uno de sus inquilinos del cuarto que habitaba, porque tenía en su piso una serpiente boa.

El juez hizo llevar la serpiente a su presencia y ante el asombro del público que llenaba la sala la acarició sin que el animal mostrase el menor desagrado al sentir el tacto de la mano de la justicia.

Por otra parte, los técnicos del jardín zoológico de Viena han atestiguado que las boas son animales perfectamente sociables.

En vista de tales pruebas y testimonios el juez rechazó la demanda del propietario permitiendo la estancia de la serpiente en el piso del inquilino que había sido demandado.

ANIMALES QUE DESAPARECEN

Bien pronto no habrá más osos en Noruega ni renos en Spitzberg.

El hombre tiene declarada a muchos animales una guerra sin cuartel.

Por esta causa algunas especies de las más interesantes están en vías de desaparición.

Hasta 1914 existieron en Caucasia y Lituania bisontes que vivían libremente en los bosques. Actualmente no queda ni un ejemplar.

En Noruega, país muy poblado de hermosos ejemplares de osos, quedan tan pocos que según los periódicos de aquel país no llegarán a una treintena. En cuanto a los renos de Spitzberg, tan numerosos en otros tiempos, tal vez no llegue a un centenar los que campen por sus respetos entre los hielos.

El gobierno noruego ha dictado una disposición que entre otras cosas dice: «Es preciso proteger a las bestias feroces no sólo bajo el punto de vista científico y pintoresco sino también por el interés de los demás animales. Porque la bestia feroz extermina al jabalí enfermo impidiendo con esto la contaminación al resto de la especie.»

SUPERSTICIONES de ANTES y de AHORA

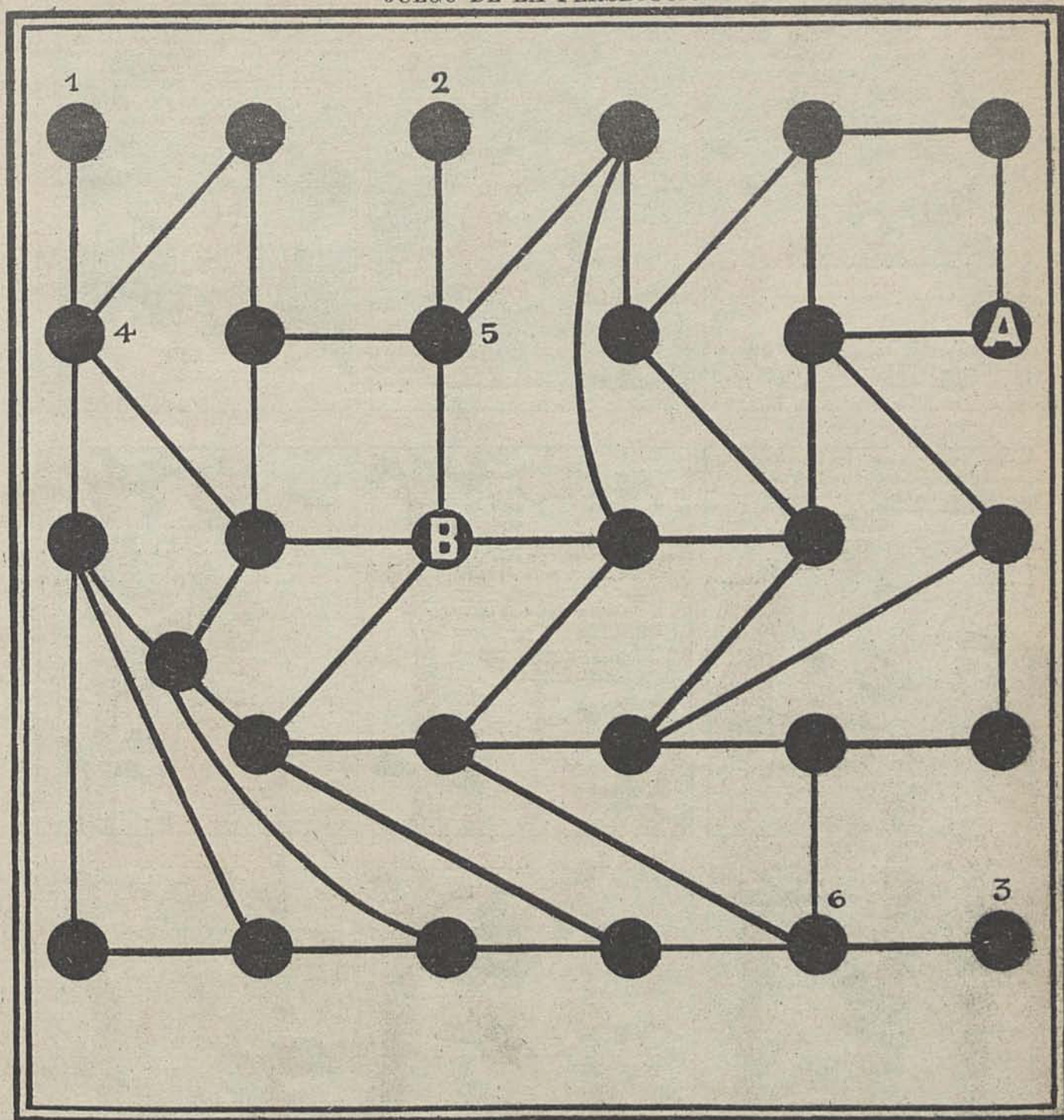
Los griegos de tiempos remotos no olvidaban nunca colocar una moneda entre los labios de sus muertos. Con esta moneda, según ellos, podría el espíritu del muerto pagar al barquero Caronte para cruzar la laguna Estigia, el famoso caudal de agua que conducía a los infiernos.

Actualmente existe en Polonia la costumbre de depositar dinero en los féretros para que los difuntos no vengar a turbar el sueño de los vivos.

En algunas partes de Rusia les depositan dinero y bujías. Las bujías para que puedan alumbrarse en el otro mundo, que ellos lo juzgan, muy oscuro. Y las monedas... para comprar otras bujías cuando se acaben las primeras.



JUEGO DE LA PERSECUCIÓN



Hoy os presentamos un juego con el que os vais a chupar los dedos de gusto. Como podéis observar, en el adjunto diagrama hay treinta círculos unidos entre sí por medio de líneas. Dos de estos círculos están marcados con las letras A y B respectivamente y otros seis numerados del 1 al 6. Se juega entre dos jugadores correspondiendo la salida al jugador A, para lo cual se sortea la salida. Se necesitan dos fichas diferentes. Una se sitúa en A y la otra en B. El objeto del juego es la persecución de la ficha B. Las jugadas se hacen de círculo a círculo siguiendo las líneas que los unen pudiendo avanzar o retroceder. El juego termina cuando la ficha B ha sido acorralada en un círculo de los marcados con los números 1, 2 y 3 quedando por consiguiente sin movimiento para lo cual la ficha A ha de ocupar, respectivamente, uno de los círculos marcados con los números 4, 5 o 6. Para más amenidad se pueden hacer apuestas sobre el número de jugadas que será necesario hacer para acorralar a B.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



AMÍME ENCANTAN LAS COSAS DEL CAMPO. LOS ARBOLITOS, LOS PAJAROS, EL QUESO DE BOLA, LAS SALCHICHITAS, LOS HIGOS CHUMBOS, ETC, ETC



¡AL CAMPO!
¡AL CAMPO AHORA MISMO!

OIGA, DON TURU ¿ES VERDAD ESO QUE DICE DON EPICETO DE QUE HAY UN ARBOL QUE DA QUESOS DE BOLA?

NO HAY QUE DUDARLO ¿NO VES QUE DON EPICETO TIENE UN TIO SACRISTAN QUE LO SABE TODO?



¿VEIS AQUEL ARBOLITO QUE HAY EN AQUEL CERCADO? PUES ESE ES UN QUESO BOLERO



¡¡AAAHH!!

¡¡DOOH!!



¿VEIS USTEDES? ESO SON TRES QUESOS DE BOLA FRESQUÍSIMOS

A UN SERVIDOR SE LE HACE LA BOCA AGUA

DEBEN DE ESTAR RIQUÍSIMOS



¡¡¡ATIZA!
¡POR ALLÍ
VIENE EL
GUARDA!



¡SÁLVASE EL QUE PUEDA!



¡EH! ¡QUE YO NO HE SIDO!

LAURA
LA
COTORRA
INDISCERTA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

ALADINO

Castillo



N la capital del imperio chino, uno de los más poderosos de la tierra, vivía hace muchos siglos un sastre llamado Kin-Fó, acreditado de muy hábil en su oficio. Kin-Fó el sastre, a pesar de su habilidad y destreza, era muy pobre; apenas le producía su trabajo con qué vivir en compañía de su mujer y un hijo que habían tenido de su matrimonio.

El hijo se llamaba Aladino, y era de gran inteligencia y de muy buen natural, pero nada aficionado al oficio de su padre.

Cierta día en que paseaba por una de las plazas de la ciudad, se le acercó un hombre y le preguntó si era Aladino.

Como le dijera que sí, el mago, pues esto era el que hablaba a Aladino, le dijo que era el hermano de su padre y que venía a hacerle feliz. Al efecto, le llevó a las afueras de la población, y pronunciadas algunas palabras mágicas, abrióse la tierra dejando al descubierto una escalera subterránea, por la cual hizo bajar el mago a Aladino, dándole antes las siguientes instrucciones:

—Baja a la cueva y, cuando llegues al fin de la escalera, encontrarás una puerta abierta, que te conducirá a un sitio espacioso abovedado y repartido en tres grandes salas, colocadas una tras de otra. En las tres salas encontrarás a derecha e izquierda cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata; pero no caigas en la tentación de tocarlos.

Antes de entrar en la primera sala levántate el vestido y ciñetelo bien alrededor del cuerpo; cuando hayas entrado pasarás a la segunda sala en seguida, y de allí a la tercera, también sin detenerte. Sobre todo guárdate bien de arrimarte a las paredes y de tocarlas ni aun con la ropa porque si las llegas a tocar te quedarás muerto inmediatamente; por eso te he dicho que tengas apretado el vestido alrededor del cuerpo. Al final de la tercera sala hay una puerta, por la que entrarás en un jardín lleno de hermosos árboles, cargados enteramente de frutas; camina derecho y

atraviesa ese jardín por una senda que va a parar a una escalera de cincuenta gradas que conduce a una azotea. Cuando estés ya en la azotea, verás delante de ti un nicho y en el nicho una lámpara encendida; coge la lámpara, apágala, y, después de arrojar la torcida y verter el líquido que contiene, métela entre las ropas de tu pecho y tráemela. No temas mancharte el vestido; el líquido de la lámpara no es aceite; en cuanto lo hayas derramado, la lámpara quedará seca. Si las frutas del jardín te gustan, puedes coger todas las que quieras sin inconveniente alguno.

Dichas estas palabras, sacó el mago un anillo que tenía en el dedo y lo puso en uno de los de Aladino, diciéndole que era un amuleto contra todo mal que pudiera amenazarle, y le repitió de nuevo todo lo que acababa de decirle.

Aladino bajó con presteza, observando puntualmente lo que su fingido tío le ordenara, y cogiendo la lámpara la guardó entre sus ropas, volviéndose apresuradamente, no sin llenarse los bolsillos de buena cantidad de frutas del jardín.

Cuando volvió a la salida de la gruta, el mago le mandó que le entregara la lámpara antes de salir, y como se negara el muchacho, el mago volvió a pronunciar otras pala-

bras mágicas y se volvió a cerrar la entrada de la cueva. Creyó Aladino llegado su postrer instante, mas al frotarse las manos, desolado, apareció un genio, esclavo de aquella sortija mágica, que, cogiendo a Aladino, le transportó a su casa, según su deseo.

Contó a su madre lo ocurrido, y para demostrar que era verdad, frotó nuevamente la sortija y mandó al genio que apareciera al instante y que trajera una espléndida cena. En el acto volvió el genio cargado de provisiones en magnífica vajilla de plata.

Viendo la madre de Aladino que la lámpara que éste había cogido en la gruta estaba un poco sucia, quiso fregarla con arena; pero apenas la hubo tocado apareció otro genio mayor que el de la sortija preguntándoles en qué podía servirles.





Las riquezas que les trajo animaron a Aladino hasta el punto de pedir la mano de la Princesa, y tales fueron los regalos que le hizo al Emperador, que éste no tuvo inconveniente en concedérsela. Se celebraron las bodas con una magnificencia extraordinaria, merced a la lámpara maravillosa, cuyo genio cumplía al pie de la letra los mandatos de Aladino. En una noche edificó un espléndido palacio frente al del Emperador, llenándole de tal suntuosidad y lujo, que era el asombro de todos.

Aladino se creía feliz; mas hete aquí que el mago supo por sus artes lo ocurrido y que la lámpara maravillosa había hecho poderoso al que él suponía muerto en la caverna misteriosa. Entonces lleno de ira, se puso en camino hacia la capital de China, y disfrazado de vendedor de lámparas comenzó a pregonar que cambiaba las viejas por otras nuevas.

La esposa de Aladino, que ignoraba las propiedades de la lámpara maravillosa, hizo llamar al vendedor en ausencia de su esposo y la cambió por otra más bonita, pero que no tenía ninguna virtud. En cuanto el mago se vió dueño de la lámpara, la frotó, apareció el genio, y le dijo:

—Ahora mismo llévate este palacio y la Princesa a dos mil leguas de aquí.

Y el palacio desapareció.

Cuando volvió Aladino y vió que su domicilio había sido arrancado de cuajo, sospechó lo ocurrido; pero aun lo confirmó más su misteriosa sortija, pues al frotarla y aparecer el genio le dijo cuanto había pasado, pero que no lo podía remediar, porque el de la lámpara era más poderoso que el genio de la sortija.

—Lo único que puedo hacer por ti—dijo—es llevarte donde se encuentra tu esposa.

En un abrir y cerrar los ojos se encontró Aladino al pie de las ventanas donde su esposa lloraba la triste separación. Se

reconocieron y combinaron el medio de quitarle al mago la lámpara, que siempre llevaba consigo, a cuyo efecto compró Aladino unos polvos soporíferos capaces de hacer dormir a un buey setenta horas seguidas.

La Princesa vertió el narcótico en la copa del mago, y apenas éste bebió la pócima se quedó dormido como un tronco.



A una señal de la Princesa penetró Aladino en el palacio, y sacándole al mago la lámpara del bolsillo, estuvo por estampársela en la cabeza; pero pensándolo mejor, se contentó con frotar la lámpara, y en cuanto apareció el genio ordenarle que trasladara el palacio al mismo sitio de donde lo había arrancado.

Grande fué la sorpresa del Emperador al ver de nuevo el palacio de su hija, a la cual abrazó cariñosamente, lo mismo que a su yerno Aladino, al que tenía pensamiento de ahorcar si no parecía la Princesa.



Pero el mago, cuando despertó después de varios días de sueño y se vió sin el palacio y sin lámpara, volvió a Pekín y, disfrazado de vieja para no ser conocido, penetró en el palacio de Aladino.

Allí manifestó a la Princesa que su palacio sería el mejor del mundo si en el salón principal estuviera colgado un huevo de roc.

La Princesa rogó a su marido que pusiera ese adorno, y Aladino, llamando al genio de la lámpara, se lo pidió.

—¿Cómo te atreves a pedir que cuelgue a mi amo?—gritó el genio con voz estentórea—. No te extermino porque la idea no es tuya, sino del mago, que disfrazado de vieja se encuentra en tu palacio.

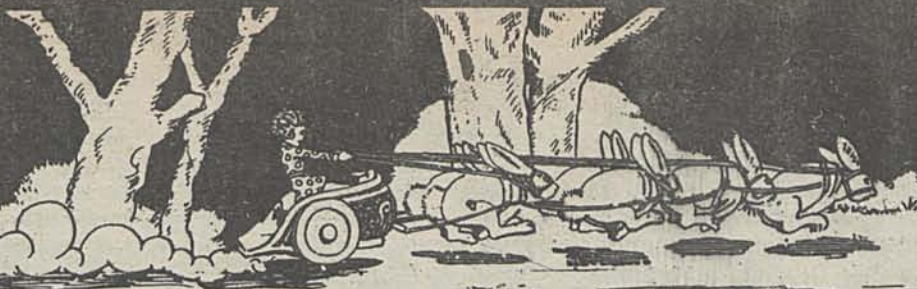
Y dicho esto desapareció.

Corrió Aladino en busca de la fingida vieja, y viéndose el mago descubierto sacó un puñal y trató de matar al joven; pero antes de que pudiera herir le dió un dolor de vientre, de cuyas resultas falleció.

Aladino y su esposa fueron muy felices, y cuando heredaron el trono gobernaron con justicia, siendo bendecidos por su pueblo.



ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi amiga Lola
Purita Hergueta



El padre de Celorín
Amparo Sela



Un saltamontes
A. Andrés



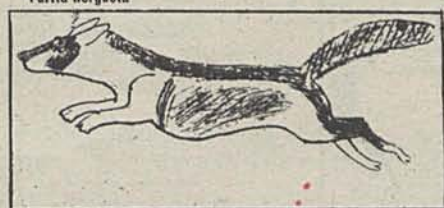
Rosa-Lia
L. Alarte



Pitusín
M. Alarte



Mi perro leal
Teodoro G. de Zárate



Un chacal.—Julán Sancho



Chelis
J. L. Barberg



Una mariposa
G. Córdoba



Curriche en su burro
Pablo Adanero



Pin Plin, Pin Pausa
José Galdona



Granadina rica.—Julia Donday



Un bergantín
Un desconocido



Pintor de brocha gorda
Pedrito Arellito



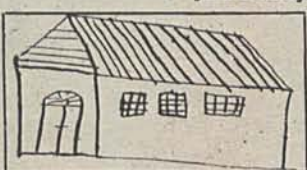
Castillo
Esperanza Villaescusa



Colón y la «Santa María»
Una argentinita



Charro
José Galdona



Mi casa de campo
José García Roca



Miau
Pepito Torres



Un barco.—Rafael Landín



El osito de Anita
A. de la Cruz



Un cangrejo de río.—A. Andrés



Filósofo
R. García



Cabeza
Angel Prieto



Un pájaro
Isidro Martín



El acorazado de Pinocho
Lucas Lizaur



El Graff Zeppelin.—Lolita Barranco



Un bandido español
Ana María Lizaur



Escena muda
Angel Prieto



Guerrero de arco
José J. Díaz



¡A comer!
J. D. Reguilón



Teddy.—M. G. C.



Navegación
Juanito de la Serna



Dos paletas
Titi P. Ros

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



LOS TRES CONEJOS

Hace doce o trece años tres conejos, muy amigos, salieron de sus madrigueras dispuestos a correr mundo.

Cada uno llevaba su propósito.

—Yo tengo que llegar a ser millonario—decía uno.

—Y yo aviador—añadía otro.

—Y yo capitán de fragata—indicaba el tercero.

Pero de repente oyeron un ruido y los tres conejos se ocultaron rápidamente.

¿Sabeis vosotros dónde están?

ESCENA DE CIRCO

Esta escena de circo que estáis viendo en el dibujo la ví yo en la realidad hace ya bastante tiempo, en Milán.

Y me maravilló la seguridad con que manejaba la fusta el clown.

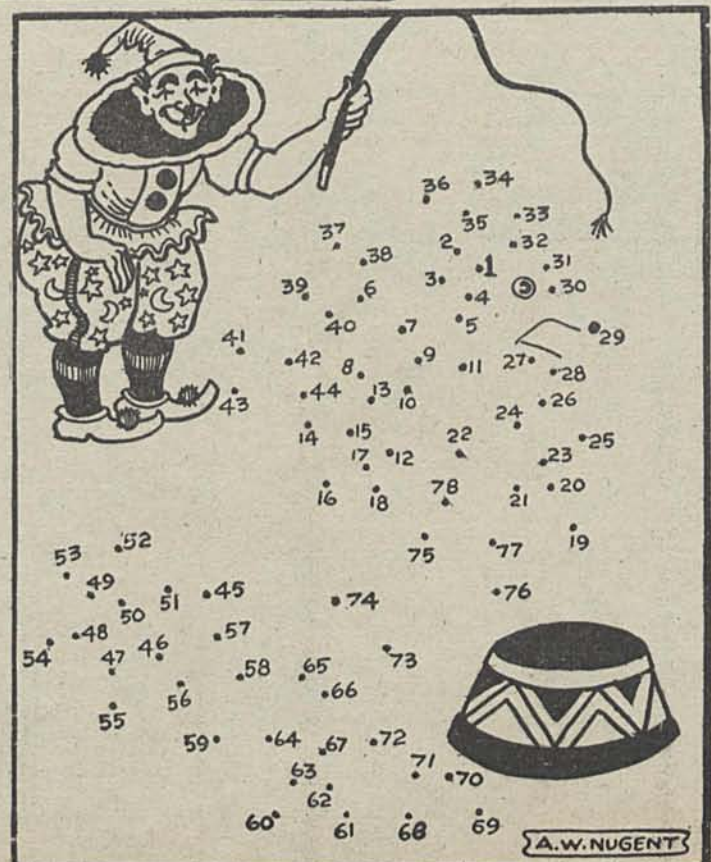
Y me asombró el valor con que realizaba su trabajo.

Tanto me asombró que estuve todo el tiempo que duró el número con la boca abierta, de par en par, lleno de emoción.

Como seguramente os estará ocurriendo a vosotros al ver el dibujo.

Pero ahora caigo en la cuenta de que en el citado dibujo falta lo más esencial de la escena.

Para averiguar que es lo que falta unid los números con líneas, empezando en el uno, y siguiendo el correspondiente orden.



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

LOS TRES PERROS



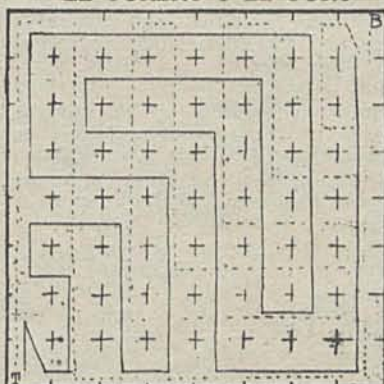
LA GRANJA ENDEMONIADA



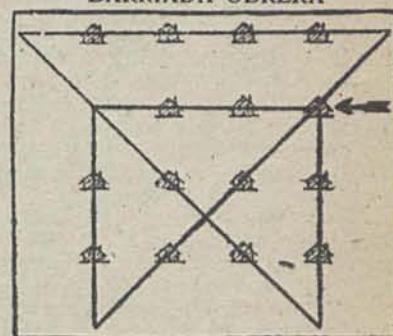
EL CANGURO DESPEDAZADO



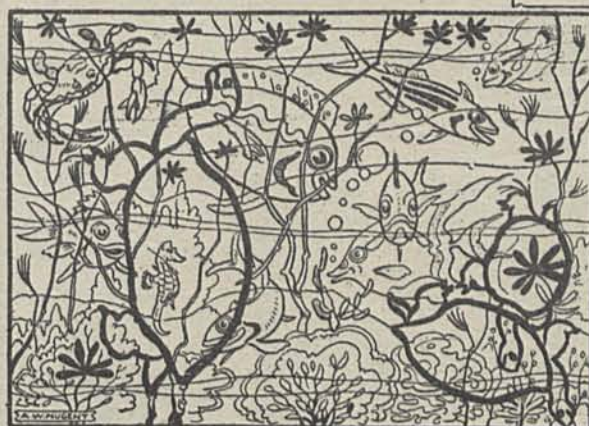
EL TORERO Y EL TORO



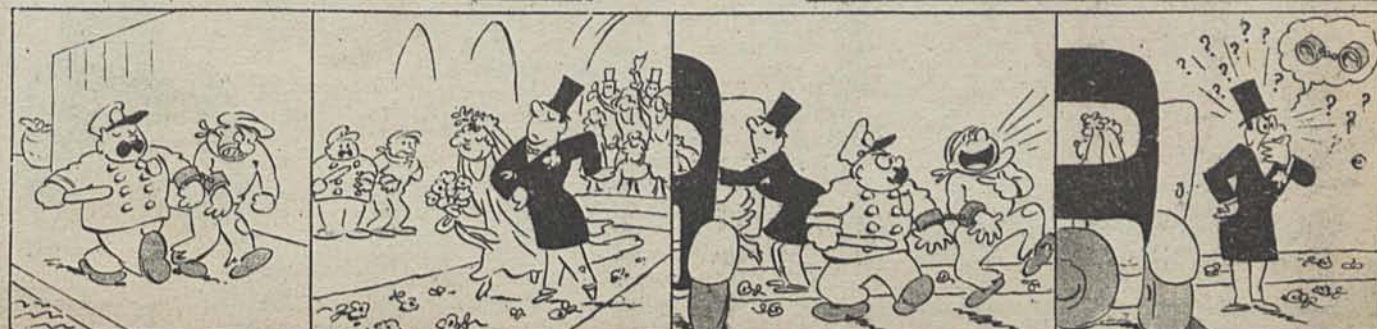
BARRIADA OBRERA



LAS TRES TORTUGAS



LOS PÁJAROS CANTORES



Sección Pirula

Charles de Pirula... decoradora

Margaritas de cinta



—A mi, lo que me ha hecho gracia es que le hagan los vestidos de invierno con los mitones de su madre, y los de verano con los cuellos de camisa de su padre. Así, ya se pueden tener trajes. ¡Quién tuviera esa suerte!

No hay que decir que esta reflexión es de Marité. Vosotras que la conocéis, sabéis lo que la encanta estrenar trajes. Para su gusto, la muy presumidilla nunca tiene el guardarropa bastante surtido.

Si Marité fuera tan fácil—tan económica—de vestir como la Pizquita de Oro, es de suponer que su colección de vestidos no tendría fin, y se pasaría los días estrenando. Por la mañana, ponerse un vestido nuevo, mirarse al espejo y salir a paseo a lucirlo. Volver a casa, quitarse el vestido estrenado, ponerse otro nuevo, volverse a mirar al espejo, volver a casa, volver a mudarse, volverse a contemplar...

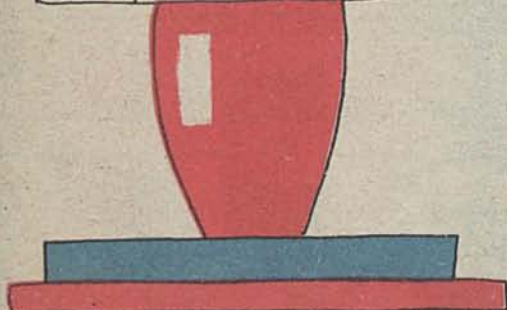
Marité cree que esto sería divertidísimo; pero yo creo que a los tres días de estar estrenando trajes, se pondría hábito para toda la vida.

—Pues a mí lo que me encanta es que la Pizquita de Oro se alimentara con medio garbanzo y un bombón de chocolate al día. ¡Ojalá pudiera yo hacer otro tanto!

¡Alimentarse con bombones de chocolate! En verdad que esta reflexión solamente puede ser de Paquita. Con lo golosa que es, y gustándole el chocolate más que nada, es natural que se crea que sea mucho más agradable comer bombones de chocolate que verduras, carne, pescado o frutas.



Y sin embargo estoy segura de que a los tres días de no comer más que bombones de chocolate—más de uno al día claro está, aun cuando hubiera que alterarlos con algún que otro garbancillo, y aun cuando unos fueran *pralinés* y otros rellenos con crema—Paquita iba a llorar y suspirar por un pedazo de pan o una sopa de tapioca.



Tan segura estoy de ello que me apostaría que así había de suceder, mi hermoso lazo de cabeza encarnado, del cual ya sabéis que no me separo nunca, contra una horquilla invisible que ya veis que no me hace ninguna falta.

—Pues a mí lo que más me ha gustado del cuento es que Pizquita de Oro, cuando está sentada en el prado, utilice una margarita a modo de sombrilla. ¡Quisiera yo tener una así!

Esta reflexión no puede ser más que de Guiguí, por tres motivos: El primero que es ella la que quedaba por hablar. El segundo, que es natural que se fije especialmente en su homónima, la margarita, porque habéis de saber que Guiguí se llama Margarita, aunque no lo parezca. Lo parece mucho más cuando se la llama Rita como sucede a veces; pero ella prefiere que la llamen Guiguí. Y el tercero es que Guiguí

suspira precisamente por tener una sombrilla desde... desde que perdió la última que le regalaron.

Digo bien «la última» porque quien oiga a Guiguí suspirar por una sombrilla podría creer que la pobrecita no ha tenido ninguna en su vida. Y resulta que desde el primer año que supo sostenerse sobre sus patitas sin caerse, viene teniendo una sombrilla cada verano.

Es decir, el primer año no, porque entonces no tenía todavía bastantes fuerzas para sostener una sombrilla, por pequeña que ésta fuera; pero en todo caso, desde que Guiguí cumplió los cuatro.

Y como ahora tiene nueve, resulta que ha tenido sucesivamente cuatro sombrillas (la de este verano no ha aparecido todavía; por eso Guiguí suspira por ella).

A la primera sombrilla, le desgarró la tela con el clavo de una silla, en un paseo.

A la segunda, se la llevó el mar; porque como Guiguí no se separa de su sombrilla ni a sol ni a sombra (claro que a la sombra, la llevaba cerrada) en la playa se le ocurrió bañarse los pies teniendo la sombrilla; se le cayó, y una ola se apoderó de ella y se la llevó; se la llevó sin duda a alguna sirenita, princesa del Coral y de las Perlas, para que la luzca en los jardines submarinos de su padre, el emperador de las Esponjas.

A la tercera sombrilla, le rompió el mango; y la cuarta, la perdió. No por eso, ceja Guiguí en su afición a las sombrillas; pero mamá no parece muy dispuesta a comprar la quinta, y por eso le gustaría a ella fabricarse una, con una flor cogida en el campo. Me parece eso no va a ser posible; no he visto nunca ninguna margarita bastante grande para servirle de sombrilla a... Margarita.

En cambio, las margaritas del campo sirven de modelo para preciosos motivos de bordado, como éste que os presento.

Se hace con una cinta o trencilla de seda, muy estrecha, de dos colores: blanca o amarilla para los pétalos; verde para el tallo y las hojas o si se quiere en colores de fantasía. Con este bordado—que no se borda—pueden decorarse almohadones, pantallas, cortinas, tapetes, etc.

